Hermenēus
Revista de traducción e interpretación

Ed UVa EDICIONES Universidad Valladolid

Introducción. Sobre la malhadada imagen de la traducción

Introduction. On the ill-fated image of translation

JAVIER FRANCO AIXELÁ
Universidad de Alicante / Universitat d'Alacant. Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Traducción e Interpretación. Ctra. San Vicente del Raspeig, s/n. 03690 San Vicente del Raspeig, Alicante, España.
Dirección de correo electrónico: javier.franco@ua.es
ORCID: https://orcid.org/0000-0001-6846-7182
Recibido/Received: 5/2/2026. Aceptado/Accepted: 30/6/2026.
Cómo citar / How to cite: Franco Aixelá, Javier, «Introducción. Sobre la malhadada imagen de la traducción / Introduction. On the ill-fated imagen of translation», *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 28 (2026), pp. 1-12.
DOI: https://doi.org/10.24197/esg3hq58

INTRODUCCIÓN

La traducción es una actividad que secularmente se ha visto sometida a una percepción multifacética con frecuencia contradictoria, vaivenes entre los que destaca una dicotomía que bordea la bipolaridad. Por un lado, lleva desde siempre presentándose en los discursos institucionales como una piedra filosofal forjadora de puentes, constructora de comunicación entre los diversos y mensajera de la paz. Por otro, se denuesta su esencia misma por inviable y falsaria, a veces con gracia («como danzar sobre la cuerda floja con las piernas aherrojadas», decía Dryden), a veces de manera lapidaria y ofensiva (como el «traductor, traidor» italiano, que no deja mucho espacio a la imaginación) y a veces con una suerte de inconsciencia cínica que deja boquiabierto (según la *Britannica*, una traducción debe ser por definición peor que el original y si por un pacto con el diablo resulta que lo mejora, entonces sencillamente deja de ser verdadera traducción y debe llamarse de otro modo que no desvirtúe su pecado original, descrito con detalle en el episodio bíblico de la Torre de Babel).

Como sucede casi siempre con los clichés que perduran en el tiempo, ambas perspectivas se sostienen sobre una parte de verdad y ambas son

muestras de una miopía desoladora, ya sea buenista o formalista. En las líneas que siguen quisiera tratar muy brevemente de empezar a entender esta imagen bifronte y presentar una visión de la traducción que no busque ni reivindicarla ni difamarla, puesto que, como toda actividad humana, la traducción es capaz de grandes virtudes y de la mayor de las vilezas.

Sobre la perspectiva buenista institucional, sucede lo mismo que en el bien conocido caso de la ciencia. El conocimiento científico nos regala una herramienta de conocimiento del mundo y transformación de la realidad cuyas bondades resultan evidentes a la luz de las mejoras en la calidad de vida, el aumento de la esperanza de vida o su intento de atenuación de las tinieblas hijas del gregarismo y la superstición a los que tan dados somos los humanos. Sin embargo, es la misma ciencia que en su momento trató de justificar el racismo, la homofobia o la misoginia, o que ha construido y continúa construyendo bombas atómicas o armas biológicas. Claro que la traducción puede servir para tender puentes y favorecer la paz mundial, para que podamos leer a Darwin, a Homero o a Dostoyevski, pero aplicando los filtros adecuados en las políticas de traducción y en el tratamiento de lo distinto también puede servir al poderoso en detrimento del débil, promover imágenes distorsionadas y unidimensionales de la realidad. Esto es así cuando en traducción se da prioridad a aquello que refuerza una imagen interesada y se marginan las propuestas que subvierten nuestros usos y costumbres. Desde una perspectiva microtextual, es lo que sucede al aplicar mecanismos de censura o al anular propuestas estilísticas o cosmovisiones ajenas. Desde una perspectiva macrotextual, difícilmente se puede afirmar que la traducción sea un instrumento pluralista que promueve el conocimiento del mundo y no un embudo que impone una visión casi única cuando tenemos en cuenta por ejemplo que en España el cine estadounidense supuso el 77 % de la recaudación en el año 2024, según datos de The BoxOffice Company. La traducción, –de nuevo al igual que casi cualquier otra actividad humana, con nuestra siempre asombrosa capacidad para retorcer cualquier cosa que se nos ponga por delante– no es por desgracia intrínsecamente buena y lo que cuenta es el uso que le demos.

Al supuesto carácter traidor y mediocre por naturaleza de la traducción conviene prestarle un poco más de atención, puesto que probablemente es el predominante entre literatos y en la calle en general. Esta postura se basa en dos axiomas que resulta necesario cuestionar. En primer lugar, al no poder construir un clon idéntico, la traducción falsea el original y por lo

tanto es imposible. En segundo lugar, al no poder construir un clon idéntico de un original, el resultado debe necesariamente ser peor que el original.

Sobre la primera cuestión, la exigencia de identidad y la consiguiente intraducibilidad que tanto daño ha hecho a nuestro oficio, conviene dar un paso atrás para apreciar la cuestión con perspectiva. La comunicación verbal humana se basa en la lengua, un instrumento increíblemente dúctil que nos ha permitido alcanzar unas cotas de belleza y de profundidad analítica difíciles de valorar en su justa medida, pero que al mismo tiempo constituye un instrumento sobre cuyas limitaciones angustiantes han corrido ríos de tinta, con los poetas clamando sobre la imposibilidad de encontrar palabras que le hicieran justicia a las pupilas de la amada o los filósofos buscando lenguajes matemáticos que superen la ambigüedad congénita que lo corroe. Al final, con complejos términos deconstructores como la *différance* o el sencillo mesarse los cabellos del profesor que asiste frustrado a la mirada de perplejidad de sus estudiantes, se ha generado un consenso por el que nadie discute que siempre existe una distancia, una asimetría, entre lo que lanza un emisor y recoge un receptor. El *Quijote* que escribió Cervantes y que yo leo –obviamente, de modo objetivo y clarividente– es distinto del que admira mi madre con temor reverencial o trata de descifrar mi hijo porque, aunque los cuatro somos hispanohablantes, tenemos lenguajes –idiolectos– distintos que hacen que entendamos de manera también distinta las «mismas» palabras, como consecuencia de nuestra distinta experiencia vital (formación académica, patrimonio lector, época de nacimiento, ideología, aficiones, línea de trabajo, variante del español con la que nos hayamos criado, el pie con el que nos hayamos levantado ese día, etc., etc.).

Sobre todo, en la vida cotidiana, las diferencias de interpretación suelen ser tan pequeñas que nos permiten conservar la ilusión de identidad entre el mensaje emitido y recibido, pero incluso en el día a día se producen con frecuencia malentendidos que nos recuerdan esta asimetría sistemática: «perdona, tú querías decir, pero yo entendí». Todo acto de comunicación pasa necesariamente por el filtro de la interpretación. Toda interpretación produce necesariamente un texto distinto del generado originalmente, a veces solo un poquito distinto y a veces irreconocible. Es –este sí– uno de los axiomas de la comunicación verbal. La traducción es también un acto de comunicación y por tanto pasa igualmente por el filtro de la interpretación. Una traducción no es nunca igual que el original, del mismo modo que cualquier otro acto comunicativo necesariamente produce un texto nuevo, por lo que la asimetría de la traducción no es en

esencia distinta de la que produce cualquier lectura en un contexto monolingüe. Lo terrible –terriblemente injusto– en este caso son las consecuencias sociales tan dispares que se derivan a partir de ambos actos de comunicación. Por seguir con nuestro ejemplo cervantino, ningún académico discute que mi *Quijote* y el de mi vecina son distintos, que ambos construimos nuestro propio texto en el acto de lectura y que ese texto es distinto del que originalmente tenía Cervantes en su cabeza. Sin embargo, yo al menos jamás he oído a nadie decir que la lectura sea un acto de traición imposible y homicida. Por el contrario, sí he leído muchas veces que cada nuevo acto de interpretación aporta riqueza al texto, que le insufla vida nueva, que es maravilloso cómo lo multiplica para dar lugar a millones de *Quijotes*, todos y cada uno dignos y legítimos actos de amor que enriquecen lo que ya era una obra maestra. La traducción hace exactamente lo mismo, pero en lugar de enriquecer el texto original, de insuflarle nueva vida, aparentemente lo falsea, lo traiciona y lo mata. Los originales que pudiera escribir Aristóteles se perdieron y su pensamiento no existiría si no fuese gracias a la traducción, la misma actividad que por definición mata a Aristóteles. ¿Cómo puede esto ser posible? Una breve reflexión sobre la transformación siempre empobrecedora que se le atribuye quizá ayude a empezar a entenderlo.

La traducción tradicionalmente ha pasado de puntillas por la historia del pensamiento hasta al menos después de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de una actividad que lleva presente desde siempre y que en su faceta profesional o culta normalmente produce textos que cumplen con su cometido y por eso no llamaba mucho la atención. Salvo cuando el original era especial, ya fuese por razones estéticas o doctrinales. Esta línea de pensamiento llegó hasta el punto de que autores como Schleiermacher en el siglo XIX consideraban que la transferencia «mecánica» de textos referenciales ni siquiera merecía cinco minutos de su tiempo, que solo era digna de un acto pausado de reflexión la transferencia de textos creativos –fundamentalmente, literatura, filosofía y religión–. En las escasas ocasiones en que se hablaba de traducción en el pasado, siempre era con referencia a los grandes libros fundacionales, especialmente las obras maestras y la Biblia. En un contexto de esta naturaleza, la batalla estaba perdida antes de comenzar: ¿quién iba a transmitir de forma impecable la voz del Dios cristiano –leída, además, de modo distinto por católicos y protestantes–, sobre la que san Jerónimo decía que hasta el orden de las palabras encierra un misterio, o quién iba a ponerse a la altura estética de Virgilio? En el mercado real de la traducción, Biblia, Virgilio y demás

textos clásicos suponen, por ser generosos, una millonésima parte de todo lo que se traduce, pero son los que siempre marcaban la pauta en el discurso sobre la patética y frustrante naturaleza de la traducción. Por si fuera poco, a esto hay que añadir el aldabonazo que supuso el Romanticismo en la imagen social de los originales, especialmente los literarios, que pasaron de ser textos en principio tan falibles como cualquier otro a expresiones por definición únicas, inimitables y genuinas de la naturaleza humana, además de ecos fidedignos del alma común de los pueblos.

Sobre esta cuestión es importante soltar lastre místico romántico. En el mundo real, los originales son como cualquier hijo de vecino: los hay milagrosos –por desgracia, los menos– y los hay buenos a secas, de andar por casa y deleznables. Los originales no están inherentemente revestidos de ninguna cualidad mágica que los convierta por definición en obras maestras inigualables. Hay jueces que escriben de forma primorosa y otros a los que la pluma les va a mayor velocidad que la cabeza; hay novelas geniales y otras que son copias baratas de copias de copias; hay artículos de investigación iluminadores y otros en los que el primer desafío consiste en deambular sin perderse entre las incoherencias y conseguir adivinar lo que quien lo haya escrito ha sido incapaz de decir. Y a las traductoras les toca lidiar con todo eso, tratando de generar nuevos textos que funcionen. No hay en principio ninguna razón intrínseca para que el resultado sea mejor ni peor que el original y de hecho suceden ambas cosas, pero sí es cierto que un traductor profesional se supone que se ha formado para ser un escritor experto, mientras que los autores de los originales no suelen poseer una formación retórica específica y entre ellos hay de todo, desde genios de la escritura hasta los que no saben hacer la o con un canuto. A la hora de apostar sobre qué currículo estará mejor escrito, el original de un adolescente casi ágrafo o su traducción a manos de alguien profesional, yo al menos sé dónde pondría mi dinero, teniendo incluso en cuenta los reparos éticos que tendrá la traductora al arreglar aquel desastre y ayudar involuntariamente a engañar a los potenciales empleadores.

A fin de cuentas, la traducción es un acto de comunicación más, también regido por la necesidad de interpretar, con la particularidad de actuar como pivote entre dos interlocutores que no se entienden entre sí. El resultado será tan bueno como la profesionalidad de quien lo ejecute y será mejor o peor que el texto original en función de la calidad inicial de este. En estos tiempos en los que la tecnología ofrece resultados cada vez más operativos, conviene no olvidar la necesidad más perentoria que nunca

de hacerlo bien. En la bibliografía –y especialmente entre el alumnado– existe una peligrosa tendencia a comparar la traducción automática y la «humana», como si el origen humano fuese garantía de un umbral mínimo de calidad siempre superior al de la máquina. Desde el punto de vista de la calidad, resulta preciso constatar que la traducción «humana» sencillamente no existe. Igual que los autores de los originales, hay humanos que traducen bien y otros que lo hacen fatal, mucho peor que las máquinas. Tendría más sentido hablar de traducción automática frente a traducción profesional, pero para que ese discurso se sostenga, resulta esencial construir un colectivo de profesionales dignos de tal nombre, capaces de obtener sistemáticamente textos óptimos para cada situación concreta de comunicación, más allá de que mejoren o no los originales. Necesitamos mentes profesionales que crean que para traducir han de ser expertas en el arte de escribir bien, que su labor no consiste en producir males menores, copias borrosas de segunda categoría, sino textos óptimos derivados de otros textos; necesitamos personas capaces de plantearse interrogantes y alternativas de traducción con las que las máquinas ni siquiera puedan soñar. De ese modo, quizá le prestemos a la humanidad un servicio tan digno que dejen de considerarnos mediocres y traidores portadores de la paz.

***

INTRODUCTION

Translation is an activity that has long been subject to multifaceted and often contradictory perceptions. Amongst these fluctuations, one dichotomy stands out, verging on bipolarity. On the one hand, it has always been presented in institutional discourse as a philosopher's stone that builds bridges, fosters communication between the diverse and acts as a messenger of peace. On the other hand, its very essence is denigrated as impossible and deceptive, sometimes with humour ("like dancing on ropes with fettered legs", Dryden *dixit*), sometimes in a blunt and offensive manner (such as the Italian saying "translator, traitor", which leaves very little to the imagination), and sometimes with a sort of cynical recklessness that leaves one speechless (according to the *Encyclopaedia Britannica*, a translation must by definition be worse than the original, and if, through some sort of pact with the devil, it happens to improve upon it, then it simply ceases to be a true translation and must be called something else

that does not distort its original sin, thoroughly described in the biblical episode of the Tower of Babel).

As is almost always the case with clichés that endure over time, both perspectives are based on a grain of truth and both are examples of a disheartening short-sightedness, be it do-gooder or formalist. In the following lines, I would like to attempt, very briefly, to begin to understand this two-faced image and to present a view of translation that seeks neither to vindicate nor to denigrate it, since, like any human activity, translation is capable of great virtues and the worst of vileness.

As for the institutional do-goodism perspective, it is basically the same as with the well-known case of science. Scientific knowledge provides us with a tool for understanding the world and transforming reality, the benefits of which are evident in the improvements in quality of life, the increase in life expectancy, or its attempt to dispel the darkness born of herd mentality and superstition – traits to which we humans are so prone. However, it is the very same science that once sought to justify racism, homophobia and misogyny, and which has built—and continues to build—atomic bombs and biological weapons. Of course, translation can serve to build bridges and foster world peace, enabling us to read Kant, Homer or Dostoevsky; yet, by applying the appropriate filters in translation policies and in the treatment of difference, it can also serve the powerful to the detriment of the weak, promoting distorted and one-dimensional images of reality. This is the case when translation prioritises a self-serving image and marginalises ideas that subvert our customs and traditions. From a microtextual perspective, this is what happens when mechanisms of censorship are applied or when alien stylistic approaches or worldviews are cancelled. From a macrotextual perspective, it is difficult to argue that translation is a pluralistic tool that promotes knowledge of the world, rather than a funnel that imposes an almost singular viewpoint, when we consider, for example, that in Spain, American films accounted for 77 per cent of takings in 2024, according to The BoxOffice Company data. Translation—once again, like almost any other human activity, given our ever-astonishing ability to twist anything that comes our way—is, unfortunately, not inherently good; what matters is the use we make of it.

The allegedly treacherous and inherently mediocre nature of translation is worth a little more attention, as this view is probably the prevailing one amongst literary figures and the general public. This stance is based on two axioms that need to be questioned. Firstly, that since it

cannot create an identical clone, translation distorts the original and is therefore impossible. Secondly, that since it cannot create an identical clone, the result must necessarily be inferior to its source text.

On the first point—the demand for identity and the resulting untranslatability that has wrought so much havoc on our profession—it might be a good idea to take a step back to view the matter with some perspective. Human verbal communication is based on language, an incredibly malleable tool that has enabled us to reach heights of beauty and analytical depth that are difficult to appreciate fully, but which, at the same time, is a tool whose agonising limitations have been the subject of endless discussion, with poets lamenting the impossibility of finding words to do justice to their beloved's eyeballs, or philosophers seeking mathematical languages to overcome the inherent ambiguity that plagues it. Ultimately, through complex deconstructive terms such as *différance* or the simple act of lecturers tugging at their hair in frustration as they witness the look of bewilderment on their students, a consensus has emerged whereby no one disputes that there is always a distance, an asymmetry, between what a sender transmits and what receivers build in their minds. The *Don Quixote* written by Cervantes and the one that I read—obviously, in a clairvoyant and objective way—is different from the one my mother admires with reverential awe or my son tries to make sense of because, although all four of us are Spanish speakers, we have different languages—idiolects—which mean we also understand the 'same' words differently, as a result of our different life experiences (academic background, reading history, generation, ideology, hobbies, line of work, the variety of Spanish we grew up with, the side of the bed we got out of that morning, and so on and so forth). Especially in everyday life, differences in interpretation are usually small enough to preserve the illusion of identity between the message sent and received. However, even in day-to-day life, misunderstandings frequently occur, reminding us of this systematic asymmetry: "I'm sorry, you meant to say, but I understood." Every act of communication necessarily passes through the filter of interpretation. Every interpretation necessarily produces a text different from the one originally generated—sometimes just very slightly different, and sometimes unrecognizable. This *is*—without a doubt—one of the axioms of verbal communication. Translation is also an act of communication and, therefore, likewise passes through the filter of interpretation. A translation is never identical to the original, just as any other communicative act necessarily produces a new

text; thus, the asymmetry of translation is not essentially different from that produced by any reading in a monolingual context.

The terrible thing—terribly unfair—in this case is the vastly disparate social consequences derived from both acts of communication. To continue with our Cervantine example, no scholar disputes that my own *Quixote* and my neighbour's *Quixote* are different, that we both construct our own text in the act of reading, and that this text is different from the one Cervantes originally had in his head. However, I, at least, have never heard anyone say that reading is an impossible, murderous act of betrayal. On the contrary, I have read and heard many times that each new act of interpretation adds richness to the text, breathes new life into it, and that it is wonderful how it multiplies it to give rise to millions of *Quixotes*—each and every one a worthy and legitimate act of love that enriches what was already a masterpiece. Translation does exactly the same thing, but instead of enriching the original text, of breathing new life into it, it apparently falsifies, betrays, and kills it. The originals that Aristotle might have written were lost, and his thought would not exist if it weren't for translation—the very same activity that, by definition, kills Aristotle. How can this be possible? A brief reflection on the always-impoverishing transformation attributed to it might help us begin to understand.

Historically, translation has tiptoed through the history of thought until at least after the Second World War. It is an activity that has always been present, and in its professional and learned facet, it usually produces texts that fulfil their purpose, which is why it did not draw much attention—except when the original was special, whether for aesthetic or doctrinal reasons. This line of thought went so far that 19th-century authors such as Schleiermacher considered that the "mechanical" transfer of referential texts did not even deserve five minutes of their time; they believed only the transfer of creative texts—fundamentally literature, philosophy, and religion—was worthy of reflection. On the rare occasions translation was discussed in the past, it was always in reference to the great foundational books, especially masterpieces and the Bible. In a context of this nature, the battle was lost before it even began: who was going to flawlessly convey the voice of the Christian God—which was, moreover, differently read by Catholics and Protestants—on which Jerome said that even the order of the words holds a mystery, or who was going to match the aesthetic heights of Virgil? In the actual translation market, the Bible, Virgil, and other classical texts account for—let's be generous—a millionth of everything that is translated, yet they were the ones that

always set the tone in the discourse about the pathetic and frustrating nature of translation. As if that weren't enough, we must add the major impact that Romanticism had on the social image of original texts, especially literary ones. They went from being texts that were, in principle, as fallible as any other, to expressions that were, by definition, unique, inimitable, and genuine reflections of human nature, as well as faithful echoes of the common soul of whole peoples.

On this matter, it is important to cast off any romantic, mystical baggage. In the real world, originals are just like the next guy: some are miraculous—unfortunately, the minority—and others are simply good, ordinary, or utterly wretched. Original texts are not inherently endowed with some magical quality that makes them, by definition, matchless masterpieces. There are judges who write exquisitely and others whose pens move much faster than their brains; there are brilliant novels and others that are cheap copies of copies of copies; there are illuminating research articles and others where the first challenge is to wander through the inconsistencies without getting lost, trying to guess what the author was incapable of saying. And translators must deal with all that, trying to generate new texts that actually work. In principle, there is no intrinsic reason for the result to be better or worse than the original, and both things happen. However, a professional translator is supposed to have trained to be an expert writer, whereas the authors of the originals often do not possess specific rhetorical training; among them, you can find everything from literary geniuses to people who couldn't write a coherent sentence to save their lives. When it comes to betting on which CV will be better written—the original by a nearly illiterate teenager or its translation by a professional—I certainly know where I would put my money, even taking into account the ethical qualms the translator might have about fixing that disaster and involuntarily helping to deceive potential employers.

Ultimately, translation is just another act of communication, also governed by the need to interpret, with the particular characteristic of acting as a pivot between two parties who do not understand each other. The result will be as good as the professionalism of the translator, and it will be better or worse than the original text depending on the initial quality of the latter. In these times, when technology offers increasingly operational results, we must not forget that the need to do it well is more urgent than ever. In the bibliography—and especially among students—there is a dangerous tendency to compare machine and "human" translation, as if human origin were a guarantee of a minimum quality that

is always superior to that of a machine. From the standpoint of quality, it is important to note that there is simply no such thing as "human" translation. Just like the authors of original texts, there are humans who translate well and others who do a terrible job, much worse than machines. It would make more sense to speak of machine translation versus professional translation. However, for that discourse to hold up, it is essential to build a professional body worthy of the name—individuals capable of systematically producing optimal texts for each specific communicative situation, regardless of whether they eventually improve upon the originals or not. We need professional minds who believe that, to translate, they must be experts in the art of writing well; that their job is not to produce lesser evils or blurry, second-rate copies, but rather optimal texts derived from other texts. We need people capable of asking themselves questions and posing alternatives that machines cannot even dream of. In doing so, we might provide humanity with a service so dignified that they will finally stop viewing us as mediocre and treacherous bearers of peace.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA
SUGGESTED READING

Borges, Jorge Luis (1989). Pierre Menard, autor del *Quijote*. En Jorge Luis Borges, *Ficciones* (pp. 47-59). Alianza Emecé. (Obra original publicada en 1939).

Casanova, Pascale (1999). *La République mondiale des Lettres*. Éditions du Seuil.

Casanova, Pascale (2001). *La República mundial de la Letras* (Trad. Jaime Zulaika). Anagrama. (Obra original en francés publicada en 1999).

Casanova, Pascale (2005). *The Republic of Letters* (Trad. Malcolm B. DeBovoise). Harvard University Press. (Obra original publicada en francés en 1999).

Eco, Umberto (2003). *Mouse or Rat? Translation as Negotiation.* W&N / Weidenfeld & Nicholson.

Heilbron, Johan. 2000. Translation as a cultural world-system. *Perspectives: Studies in Translatology*, 8 (1), 9-26. https://doi.org/10.1080/0907676X.2000.9961369

Hermans, Theo (1996). The translator's voice in translated narrative. *Target,* 8 (1), 23-48. https://doi.org/10.1075/target.8.1.03her

Katan, David (2009). Occupation or profession. A survey of the translators' world. *Translation and Interpreting Studies (TIS)*, 4 (2), 187-209. https://doi.org/10.1075/tis.4.2.04kat

Lefevere, André and Bassnett, Susan (1990). Introduction. Proust's grandmother and the thousand and one nights: The 'Cultural Turn' in Translation Studies. En Susan Bassnett and André Lefevere (Eds.), *Translation, History and Culture* (pp. 1-13). Pinter.

Venuti, Lawrence (1995). *The Translator's Invisibility. A History of Translation*. Routledge.

Viaggio, Sergio (1997). Do interpreters have the right to improve upon the original? The eternal tug-of-war between professional and expectancy norms. En *III. Stretnutie Tlmočníkov a Prekladatel'ov z Krajín Strednej a Východnej Európy* (pp. 69-73). Jednota tlumočníků a překladatelů (JTP).